

facer, dados los celos y los recelos de Octavia. Su hermana y su esposa compartían el influjo sobre Augusto, quien se inclinaba ya del lado de la una, ya del lado de la otra, según lo pedía el reposo de su familia y de su imperio. No casó, pues, á Julia con su entenado por no reabrir las profundas heridas que la muerte de Marcelo abriera en el corazón de su hermana. Buscando yerno, interrogó á todos sus consejeros, especialmente al principal de todos, á su amigo y ministro Mecenas. Este le aconsejó el casamiento con Agripa, su general en jefe, observando cómo no podía existir sin daño del imperio un hombre tan poderoso fuera de la familia imperial y lejos del trono augusto. Pero Agripa estaba casado nada menos que con Marcela, hija también de Octavia. ¡Buena dificultad! El divorcio se había extendido en Roma por esta edad, tanto, que facilitaba todas las combinaciones imperiales. Octavia se prestó á divorciar su Marcela de Agripa por tal de impedir el matrimonio de Julia con Tiberio. La infeliz hija suya, sacrificada por modo tan cruel á la impía razón de Estado, se conformó tristemente, pero se conformó al cabo, con su adverso destino. En cuanto al militar Agripa no había que hablar: general de todos los soldados, era un soldado ante Augusto, de quien tomaba la consigna y cumplía la ordenanza con severa incontrastable obediencia.

Parece imposible que Augusto no comprendiera cómo disolvía la familia romana multiplicando los divorcios en su propia familia. Entre los muchos males anejos al principio monárquico, hay uno señalado en verso escultural por Horacio, el poeta republicano de complacencias imperialistas: la facilidad con que al ejemplo de los reyes amolda las costumbres todo el mundo. Se divorciaban las gentes augustales, pues también se divorciaban las gentes de escalera abajo. En China estornudan los cortesanos cuando estornuda el emperador; estornudan los mandarines cuando estornudan los cortesanos; estornudan los burócratas cuando estornudan los mandarines; á su vez los pueblos estornudan cuando estornudan los burócratas, y un estornudo forzoso recorre todo el imperio, desde la Tartaria hasta el Pacífico. En tiempos imperiales se divorciaban los patricios, porque veían el divorcio en los césares; y se divorciaban los plebeyos, porque veían el divorcio en los patricios. Éste deja su mujer, porque ha descorrido su velo y mostrado su rostro;

aquél, porque ha ido sin licencia de su esposo á los juegos; otro, porque ha tropezado casualmente con célebre prostituta en la calle. Afligido el emperador á la consideración de tales casos, promulgó las dos leyes Julia y Papia Popea, tan citadas en las aulas universitarias, por dirigidas á robustecer la familia. En ellas castigábase con gruesas multas al conyuge causa ocasional del divorcio. La mujer liberta, casada con su patrón libre, no podía demandarlo. El celibato era con muchas disposiciones contrariado. Se restablecían los medios mejores de restaurar la confarreación, matrimonio religioso abandonado, al punto de no haber podido encontrar los pontífices y los flamines mujeres nacidas en tal condición para casarse. Así contrarió también la viudez. Toda viuda cuya edad no llegase al medio siglo, hallábase incapacitada para poder aceptar las herencias de sus deudos y amigos, si no contraía inmediatamente nuevo matrimonio. El marido sin prole percibía solamente la mitad, y, á veces, el tercio de los legados. En cambio los matrimonios fecundos gozaban el derecho de acrecer en la herencia perdida por los matrimonios infecundos afines suyos. La madre de tres niños no había menester de autorización alguna para testar y no entraba de viuda en la tutela de su antigua familia como entraban las madres sin hijos. Los esposos no podían legarse mutuamente más que la décima parte de sus bienes; pero los padres de muchos hijos tenían mayor latitud. Augusto creyó restaurada la familia de esta suerte, y decíanselo así en muchas ocasiones los primeros poetas. Cierto que no podía fiar mucho de palabras tan por extremo engañosas como aquellas que atribuían á sus miradas y sonrisas el claro azul de los cielos y el regocijo de las primaveras. Pero á esto añadía Horacio que, gracias á él, pacían seguros los bueyes en las praderas, brotaban las espigas nutrices en los campos, hendían los barcos bien conducidos el mar, la buena fe daba de mano á la sospecha, el adulterio huía de los hogares, ahogábanse al nacer los escandalosos desórdenes, las madres veían á una en sus hijos la semejanza natural con sus verdaderos esposos y recibía la culpa su merecido en tribunales sin tacha. Ovidio, por su parte, no se queda en adulaciones y alabanzas corto así que alguna vez tropieza con Augusto. La magnitud excelsa del personaje le abruma en términos de no encontrar un verso digno cuando más los

pide y más los necesita. Creeríasele un poeta del Asia, quemando incienso en aras de cualquier sátrapa oriental. «¿Oyes, le dice al emperador, esos vivas del pueblo, del Senado y de nosotros mismos, los caballeros, aclamándote padre de la patria? Pues ya eras nuestro padre antes de haber aceptado título tal, ofrecido por nuestros tardíos homenajes; ya eras padre del universo entero. Como á Júpiter en el Olimpo le denominan eternamente padre de los dioses, á César Augusto le denominarán todas las generaciones padre de los hombres.» Y tras todo esto viene una comparación entre Rómulo y el emperador, toda ella en desdoro de aquél y en elogio de éste. Rómulo había fundado una Roma cuadrada, cuyas fortificaciones pudo Remo superar de un salto; y desde que Augusto manda en Roma, el sol nace y muere dentro del imperio romano. Un rincón apenas poseía Rómulo, mientras todo cuanto hay bajo los cielos pertenece á César. Rómulo se llamó rey, mientras Augusto príncipe; Rómulo mató á su hermano y Augusto ni siquiera mató á sus enemigos; Rómulo recibió por hijo de un dios la divinidad en herencia paterna, mientras Augusto hizo por sus virtudes y por sus grandezas dios á su padre. Pero la diferencia mayor encontrada por Ovidio entre los dos fundadores, el fundador de la ciudad monárquica y el fundador de la ciudad imperial, estriba en que, mientras el uno, para procurar mujeres á los romanos, robaba en raptó infame á las sabinas, el otro ha devuelto la castidad á las esposas romanas y su perduración al romano matrimonio. ¡Mal juez Ovidio para estas materias, pero peor profeta! Los escritores del tiempo nos refieren que la frecuencia del divorcio continuó en términos de cambiar las damas sus maridos cada otoño, habiendo celebrado algunas diez y hasta doce matrimonios en su vida. Y mientras Augusto promulgaba, desde lo alto de la tribuna, en los Rostros, por el día, las leyes Julia y Papia Popea, su hija degradaba el sitio aquel por la noche, dándose la infame, borracha y fuera de sí, á nueve gladiadores seguidos.

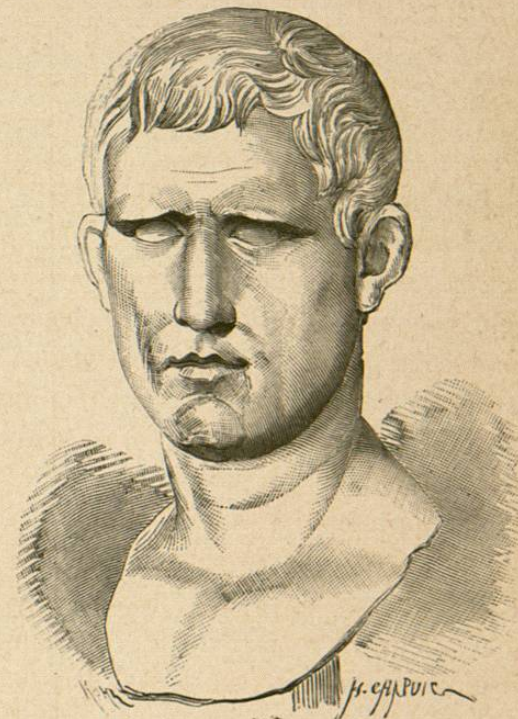
Pero ¿qué había de suceder, cuando la impía razón política destrozaba por tal modo el matrimonio en la familia imperial, que semejaban lechos de prostitución sus lechos imperiales? El matrimonio de Julia con Agripa fué una falta irreparable. ¿Cuántos extremos no había hecho Augusto por la muerte de su sobrino, y Octavia por

la muerte de su hijo, el celebrado Marcelo? Componía por aquella sazón Virgilio su *Eneida*, y precisaba que cantase al malogrado esposo de Julia en sus versos inmortales. Difícil cosa cantar á un joven de veinte años, quien, apenas mozo y núbil, había caído en brazos de una mujer voraz, que lo mató en desórdenes nupciales. Virgilio estaba incapacitado de registrar, no ya hechos de aquel malogrado, ni siquiera virtudes, por desconocido, á causa del apartamiento majestuoso en que vivía por augustales disposiciones la familia imperial. Y, sin embargo, allá en el sexto libro de la *Eneida*, cuando esa epopeya en acción que se denomina historia de Roma pasa en profecía desde los labios del viejo Anquises á los oídos del pío Eneas, entre tantos héroes como han cansado á la fama, resuena el nombre de Marcelo y aparece la desvanecida sombra. En los hexámetros que preceden á su aparición, hexámetros dignos de ponerse á una, según lo inspirados y perfectos, junto á las más bellas obras por la edad antigua transmitidas, Virgilio señala en tres palabras la naturaleza y complexión del pueblo-rey. Otros le aventajan de seguro en el arte de cincelar los bronce y encender los mármoles; otros verán afluir á sus labios la elocuencia y á su entendimiento descender los misterios del cielo revelados por el curso de los astros; mas á Roma le toca el arte de regir á las gentes, imponiendo la paz á los sumisos y la dominación á los soberbios. Dicho esto, entra en escena Marcelo, conducido por la mano de su padre muerto, primer esposo de Octavia. La incomparable armadura resplandece como una estrella, pero acaba la vida en su espaciosa frente y se pone el sol en los profundos ojos. Su padre, intrépido general de caballería, que mantuviera en estruendoso tumulto la república vacilante y domara los galos y los cartagineses insumisos, colgando trofeos y despojos en el templo de Júpiter feetrio, se le parece del todo, prueba viva de la castidad inviolable y de la virtud inflexible que brillaran desde la cuna en su bella y virtuosa madre. Diríase que, al verlo tan hermoso, tan grande, tan inspirado, los dioses no habían querido en la tierra dejarlo para que no superase á la divinidad ninguna raza mortal, ni la raza latina siquiera. Y Virgilio, encerrado en los estrechos límites de aquella vida sin historia, no teniendo recuerdos que invocar, deja sueltas las riendas á todas las esperanzas imaginables y conjura la romana

gente para que siembre de lises y otras flores pintadas y olorosas aquel brevísimo y malogrado cuerpo. La historia, la pintura, la tradición, leyendas innumerables nos han transmitido la emoción dolorosa producida en la familia imperial por el acto solemne de leer el poeta sus divinos versos. Augusto lloró como un mísero niño y Octavia perdió el sentido, en términos de creerse su desmayo la muerte. Al salir de tan prolongado síncope la princesa, faltóle tiempo en su agradecimiento para designar crecido pago á la suma de los treinta y seis versos que componían el episodio. Tras tales extremos parecía lo más lógico y natural que Octavia se propusiese un respeto religioso á la memoria del hijo, prolongando la viudez de la nuera. Ya que su poeta cortesano conjuraba las gentes de Roma para que llevasen flores á los restos de Marcelo, no había flor ninguna tan propicia y tan bella para él como los recuerdos luctuosos de su familia y la prolongada viudez de aquella mujer en cuyos brazos había muerto. Sin embargo, Augusto necesitaba ocupar pronto el nupcial tálamo de su hija, y á esta consideración lo sacrificó la madre todo. Parece imposible: no solamente prescindió del recuerdo religioso debido á Marcelo, sino que prescindió del respeto debido á la felicidad y á la honra de la pobre hermana de éste, de la infeliz Marcela. Su tío Augusto, que amaba á los hijos de Octavia como á hijos suyos, no sintió escrúpulo ni remordimiento en el sacrificio de aquella infeliz Ifigenia, inmolada sobre los altares de su imperio. Las raíces inseguras del trono habían menester aquella inmolación, y perpetraron, tanto Augusto como su hermana Octavia, el terrible holocausto sin pestañear siquiera. Pero imposible que la conciencia herida no gritase á voces; imposible que la moral desacatada no impusiese las indeclinables sanciones; imposible un buen matrimonio erigido sobre tan escandaloso divorcio; imposible la supresión de tantas consecuencias funestas encerradas en aquellos ejemplos; imposible compadecer la virtud y su felicidad con el crimen.

No hablemos de los combates empeñados entre Livia y Octavia para conseguir aquélla que Julia se casase con su hijo y ésta que Julia se casase con cualquiera que no fuese Tiberio. Ya lo hemos dicho: eligióse, por consejo de Mecenas, Agripa, el vencedor de Accio, sin cuya fidelidad Augusto jamás á tantos enemigos como

tenía venciera, ni se alzara con el universo mundo; pues, débil de suyo, flaco de fuerzas, tímido y hasta cobarde, no hubiera podido guerrear con gloria ni lucir entre tantos guerreros ilustres, mientras el general aquel, émulo por su fuerza y su constancia, de los primeros habidos en Roma, le mantuvo todas las campañas marítimas y terrestres; venció en Perugia y en Farsalia; sumergió la fortuna de Sexto Pompeyo en las aguas de Sicilia, y en los arenales de Alejandría la fortuna de Marco Antonio, teniendo por suprema honra el obedecer á Octavio Augusto con tal que le dejase mandar éste sobre sus soldados. El emperador, no solamente hacía un acto de familia casando Agripa con Julia, también hacía un acto de política. La gloria de tan excelso general fuera del imperio y lejos de la familia imperial ¡oh! era una sombra nefasta proyectada sobre la familia imperial y el imperio. Asociólo, no solamente á su casa, también á su gobierno, designándolo para la herencia del poder supremo, como designó antes á su predilecto sobrino, el primer esposo de Julia. Su presencia junto al trono le daba una seguridad al trono tan firme, que los romanos creían la paz perpetua un vínculo de Roma si él heredaba su imperio. El único ser forzado á reprobar la elección de Augusto fué su esposa Livia, empeñadísima, como tantas veces hemos dicho, en casar á Julia con su primogénito, el mayor de los entenados imperiales. Pero mujer de sumo talento la emperatriz, industriada en las cosas públicas, apta para ejercer el imperio á igual de su marido, conformóse con lo posible;



Agripa (busto del Louvre)

y á fin de mostrar esta conformidad, pidió la mano de una hija del general para su Tiberio, así como la mano de una hija de Octavia para su Druso, robusteciendo y consolidando la dinastía suya personal apercebida y preparada por ella misma con tiempo y fortuna frente á frente de la dinastía y de los príncipes augustales. Agripa era en toda la extensión de la palabra un soldado. Plebeyo de nacimiento, llevaba consigo la más verdadera de las glorias: no la heredada fatalmente de otros, la por sí mismo adquirida. Tenía cuarenta no cumplidos años al casarse con Julia; mas, joven por la edad, no era joven por su genio y humor. Como criado en los campamentos y su rudeza, desconocía la sociedad romana y sus elegancias. En los maravillosos monumentos construídos á sus expensas nótase lo grande, no lo exquisito. Plinio nos lo pinta con frase feliz cuando le llama varón bueno para la sencillez de sus costumbres militares, y malo para los recreos de las costumbres cortesanías. Augusto lo amó tanto, que hasta en su tumba hizo poner la efigie de aquel hombre. Desnudo á la usanza griega, y así fielmente retratado en lo que retrata mejor el cincel que los pinceles, en sus músculos y en su cuerpo, aparece como un verdadero soldado, semejante por su musculatura fuerte á los gladiadores; la espada en su diestra, la clámide á su espalda, el pie derecho hacia adelante, los hombros anchísimos como para procurar una respiración gigantesca y una fuerza colosal, la nuca de un toro, la cabeza de un Hércules, el ojo muy recogido y la mirada escudriñadora, todo en él respirando la guerra, no aquella guerra griega cantada en los versos de Píndaro y Simónides, que parece con todas sus contradicciones y con todos sus combates una melodía; la romana guerra sin gracia ninguna, sin aquellas actitudes que han hecho de los soldados adscritos á Temístocles y Leónidas estatuas de Fidias, la guerra fuerte y enérgica y cruel, la romana guerra. Imaginaos un hombre así casado con una mujer como Julia. Nada entre los temperamentos de ambos esposos armónico. Mientras él tenía costumbres de trabajador, ella tenía costumbres de cortesana. Mientras él consagraba todas sus fuerzas á la política y á la guerra, ella consagraba todas sus fuerzas al placer y al devaneo. Hasta en sus sendas relaciones con las bellas artes y su culto disentían los esposos. Mientras ella gustaba de los objetos artísticos para que or-

nasen la casa propia y movieran sus sentidos, él gustaba de los objetos artísticos para que ornasen al Estado y sirviesen al Imperio. Pocos monumentos guarda la tierra que puedan emular el panteón de Agripa. No pisaréis aquel marmóreo pavimento sin creerlos transportados en alta mar. Su bóveda os inspira y sugiere la idea de amplios horizontes sensibles en el espacio infinito, fuera



Panteón de Agripa

de los límites puestos á las frágiles y estrechas humanas obras. Desde nuestra ciclopea Tarragona ideó Agripa el monumento que llevará por siglos de siglos hasta la más remota posteridad su esclarecido nombre. Como Augusto levantara un maravilloso templo á la familia de Apolo, Agripa levantó un maravilloso templo á la familia de Augusto. En su altar mayor, que diríamos ahora, campeaba Júpiter vengador, castigando á los asesinos de César, y en las otras capillas todos los dioses del Olimpo antiguo, enlazados

con la genealogía de los príncipes y emperadores cesáreos. Cuando pisáis el inclinado suelo, esclarecido tan sólo por un tragaluz abierto en lo alto, y veis aquellas columnas estriadas de mármoles egipcios con zócalos de un color y chapiteles de otro, á los cuales ha dado el tiempo esmaltes y reverberaciones de piedras preciosas; cuando convertís los ojos á la rotonda, á la singular maravillosa bóveda arquitectónica, obra ignorada completamente de los griegos y parecida por lo colosal á las enormes construcciones asiáticas, verdaderamente veis y tocáis, aún hoy, la fuerza del Imperio y la majestad augusta de sus gigantescos fundadores, que necesitaron de tantas moles para ver de aplastar la libertad y la república romanas. Ninguna de las rotondas construída más tarde iguala sus dimensiones. Todas son más altas, pero ninguna es mayor. No hablemos de la rotonda del Escorial, que al fin sólo es la rotonda de una capilla en un monasterio. Pero la rotonda de San Pablo en Londres tiene de diámetro treinta pies menos; la rotonda de Santa Sofía en Constantinopla tiene veintisiete pies menos; la rotonda de San Pedro en Roma tiene tres pies menos que la rotonda del panteón de Agripa. La majestad y grandeza de aquel hombre no podían compadecerse con las nimiedades y las pequeñeces de Julia.

Imaginaos el navegante y rey Ulises en brazos de Circe: tal aparece Agripa, general y político, en brazos de Julia. Este Marte, que solamente respiraba odios, casado por imposición ajena y no por amor, al poco tiempo de haberse unido con Julia, perdíase de loca pasión por ella, hechizado en las artes y maleficios de tal maga. No podía caer sobre su corazón mayor infelicidad. Librar la honra en la manceba de todos, entregar el corazón á quien de nadie se prendaba, cambiando continuamente en sus amores por cambiar en sus emociones: irreparable desgracia para cualquier hombre, desgracia mayor todavía para un hombre como Agripa, quien pronto advirtió dónde pusiera el corazón y el alma. Y en cuanto lo advirtió, empezó á combatir con ella y empezó á combatir consigo mismo. La historia presenta en cada una de sus páginas escenas más dolorosas que la tragedia misma. Marido particular y privado, bien pronto pusiera con decisión á su mal radicales remedios, extirpándolo de raíz. Pero, general de aquellos ejércitos, heredero de aquella fortuna, coemperador con Augusto, esposo de una princesa imperial,

miles de razones públicas le imponían la obligación de no tratar sus asuntos como cosa particular y privada. Mas la herida se ahondaba con profundidad insondable á tal consideración. Luchando con todos los enemigos de Roma jamás lograron vencerlo, y lo vencía mísera mujer. El único alivio que á su dolor intenso podía procurarse, la diversión de ánimo y de pensamiento, procurábasele en viajes y expediciones militares. Y huía de Augusto por huir de sí mismo, temiendo rebelarse á un arrebató de celos, á un desatentado impulso de su corazón herido, á cualquier llamamiento y reclamo de su vulnerada honra. Iba por gobiernos lejanos y por largas y continuas revistas con propósito de cohonestar así ausencias obligadas y necesarias del hogar y del tálamo. Aunque Julia, comprendiendo toda la trascendencia política de un rompimiento con su esposo y recordando cómo el nombre de otra Julia y su muerte indispusieron á Pompeyo y César, tomaba todas las precauciones posibles, no podía ocultar lo tan difícilmente oculto al cariño de un padre; no podía ocultar á su esposo aquellos volcanes de su corazón, tan humeantes de obscuras nubes y tan eruptores de rojas y encendidas lavas. Contaban las historias que toda la juventud viril de Roma podía envanecerse de haber pasado por sus brazos. Un solo joven le resistió, el destinado á ser marido suyo por Livia, Tiberio. Inteligente, robusto, hermosísimo en sus mocedades, Julia lo requirió de amores, movida por un capricho natural en sus sensuales propensiones, y encontró sólo una estatua que la repelía con su frialdad y la miraba indiferente. No así, en verdad, Sempronio Graco, el favorito predilecto; no así Murena, Lépido, Ignacio, Antonio mismo, hijo del célebre triunviro, tantos y tantos otros adscritos á sus amores y presos en sus redes. Bien es verdad que su hermosura incomparable lo explicaba todo. Respecto de Julia no puede, no, decirse lo que se decía de Cleopatra. La reina egipcia no dejó efigies y simulacros de su belleza, mientras abundan las medallas, los relieves, las estatuas que representan á Julia. Hoy puede vérsela vestida con el traje de Ceres, en talla marmórea, obra de un escultor heleno. Al traje ha debido presidir la inspección del padre y del esposo, porque nada tan recatado y honesto. Lleva en las sienes la corona de áureas espigas y en la mano el cesto lleno de frutas. Austero palio envuelve un cuerpo que parece